

*calicem istum à me:* «¡Padre! si es posible, libradme de beber esta «amargura. Y hágase, añade, no mi voluntad, sino la vuestra:» *Veruntamen non mea voluntas sed tua fiat.* (Matth. xxvi, 39; Luc. xxii, 42). ¡Qué! ¿la voluntad del Padre celestial reside en la traicion de Judas, en el furor de los pontífices, y en todos los demás crímenes enormes que tantas veces os he enumerado? Sin duda.

21. Aquí es donde debemos comprender con el gran san Agustín (*lib. de grat. et lib. arbit. num. 41, 42, t. X, col. 740, 741; serm. CXXV, num. 5, t. V, col. 608, 609*), que Dios preside á los malos consejos: los ordena, los empuja, los precipita, los contiene; y á pesar de las malas intenciones, los conduce á sus fines ocultos; de no ser así, Dios, que es todopoderoso y bueno, no permitiría tantos pecados. Él ordena las tinieblas del mismo modo que la luz: es decir, que lo mismo arregla á los designios secretos de su providencia los complots criminales, que las acciones virtuosas; y por mas esfuerzos que los malvados hagan por seguir otra via que la que él les ha marcado, siempre vienen á dar en el orden de su providencia y de su sabiduría.

22. Así pues, atreveos á todo, ó almas infemas; atacad, perseguid, acosad, aguzad vuestras lenguas malignas, afilad vuestros dientes venenosos, saciad con vuestra maledicencia ese humor destructor que os domina; bien puede el fiel vivir sin temor; porque por mas que emprendais é intenteis, no podréis hacer mas que lo que Dios os permita. Vosotros le lanzaréis vuestros dardos emponzoñados; pero ellos no van siempre á donde vuestra mano los dirige; y Dios, cuando le plazca, no solamente sabrá hacerlos variar de direccion, sino tambien lanzároslos de rechazo á vosotros. No nos turbemos, pues, al ver la malicia de los hombres: Jesús perseguido y obediente nos hace reconocer la orden de su Padre; procuremos únicamente, hermanos míos, no agriar nuestros males con nuestra impaciencia, y no irritar á Dios con nuestras quejas; caminemos siempre por la senda recta: si, no obstante, nuestros enemigos nos llevan ventaja, si los justos designios son menos dichosos, y la malicia triunfa de la sencillez, no perdamos por esto nuestra confianza; no creamos que sucumbimos al esfuerzo de una mano mortal; miremos de dónde ha partido la orden soberana que nos abate, y digamos á nuestros enemigos lo que el Salvador á Pilatos: «Tú no podrás nada contra mí, si no te lo permite el cielo:» *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper.* (Joan. xix, 11).

23. Hé aquí lo que debe extinguir en nuestras almas todo sentimiento de venganza; porque la malicia de nuestros enemigos, tan odiosa como es, no deja al cabo de ser el instrumento de una mano divina para ejercitarnos ó castigarnos. Preciso es que esta idea desarme nuestra cólera: y el que conociendo la mano de Dios, y la orden de un soberano semejante, todavía piensa en vengarse y no en humillarse y someterse, es sin duda un loco atrevido. Así, pues, no miremos, hermanos, lo que los hombres han hecho contra nosotros, sino que él es el que les da poder para ofendernos: *Datum est illis ut nocerent.* (Apoc. vii, 2). Así nuestros resentimientos no osarán manifestarse; un pensamiento mas elevado nos ocupará; y por respeto á la orden de Dios, no solo estarémos prontos á sufrir, sino tambien á perdonar; Jesucristo crucificado nos ha dado el ejemplo.

*Tercera parte: En el perdon que Jesús concede hallamos nuestra gracia y nuestra esperanza.*

24. Ya habeis visto, cristianos, toda la malignidad de la criatura declarada abiertamente contra él; ya habeis visto al justo ofendido por sus amigos, por sus enemigos, por aquellos que, teniendo autoridad, estaban mas obligados á proteger su inocencia, la debilidad de los unos, la cruel firmeza de los otros: él no opone nada, nada mas á todos aquellos ultrajes que un perdon universal que concede á todos, y que pide para todos en general á su Padre: «Ó Padre, dice, perdonadlos, porque no saben lo que se hacen:» *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.* (Luc. xxiii, 34). Ya veis que no contento con perdonarles, todavía los disculpa su divina bondad: mas bien que condena su malicia, compadece su ignorancia; no pudiendo excusar á la malicia misma, ofrece para expiarla la muerte que ellos le hacen sufrir, y los rescata con la misma sangre que derraman. (*S. Aug. in Joan. tract. XCII, num. 1, t. III, part. II, col. 724*). Al ver semejante exceso de misericordia, ¿tendrémos un alma tan dura que no queramos hoy excusar todo lo que nos ha hecho sufrir por la debilidad de nuestros hermanos, y perdonar de buen grado á todos aquellos cuya malicia nos ha hecho padecer? Cristianos, los que nos aborrecen y persiguen no saben lo que se hacen. Ellos se hacen á sí mismos mayor mal que el que nos quieren hacer á nosotros: su injusticia nos hiere, pero á ellos los mata; ellos mismos se atraviesan el corazon por arañar levemente nuestra piel. De esta manera nuestros enemigos son furiosos que no sa-

ben lo que se hacen; que queriendo hacernos beber, por decirlo así, todo el veneno de su odio, hacen en sí mismos mil ensayos funestos y beben los primeros el veneno que nos preparan. Si los que nos hacen mal son locos furiosos, ¿por qué los hemos de perseguir con nuestra venganza, y no procuramos mas bien volverlos á la razon con nuestra paciencia y dulzura? Pero léjos de abrigar tan caritativas disposiciones; léjos de hacer algun esfuerzo sobre nosotros mismos para sufrir una injuria, creemos degradarnos y envilecernos, si no hacemos alarde de nuestra delicadeza quejándonos á poco que se nos toque. En hora buena, lancémonos sin reconocer límites donde nuestros resentimientos nos precipitan: ejerzamos en aquellos que aborrecemos venganzas impías; ó bien complacémonos en abatirlos con una vana ostentacion de paciencia y compasion insolente, que no se mueve por desden, y que finge estar tranquila para insultar mas: tan crueles enemigos, tan implacables vengadores somos, que hacemos armas ofensivas é instrumentos de cólera de la misma paciencia y compasion.

25. Cristianos, que este santo día no pase sin llevar consigo nuestros resentimientos á Jesucristo crucificado: no pensemos inútilmente en la muerte del justo y en sus bondades infinitas. Perdonemos á ejemplo suyo á nuestros enemigos, y pensemos que él no ha hecho la Pascua para nosotros sin contar con este perdon necesario. Bien sé que este precepto evangélico no es escuchado siquiera en la corte: las venganzas aquí son infinitas; y aun cuando no las impeliere el resentimiento, todos se creen obligados á llevarlas á cabo por política. Creen que es útil hacerse temer, y piensan que se exponen á padecer cuando están de humor de sufrir. Y acaso fuese tolerable esta máxima anticristiana, si nouviésemos que atender mas que á los intereses del mundo; pero nuestro gran interés es sabernos conciliar la misericordia divina; es complacer á un Dios que no perdona mas que á aquellos que perdonan sinceramente, y que solo á este precio concede su misericordia. Nuestra ceguedad es extrema, si no sacrificamos á este interés eterno nuestros intereses perecederos. Perdonad, pues, cristianos; pero despues de concedido el perdon, no haya mas frialdad: os lo digo en presencia de Dios, y Jesucristo crucificado será testigo fiel de que lo que digo es verdad. La manera de perdonar que vemos introducida en el mundo, es una burla manifiesta de su Evangelio: amigos, con tal que no nos veamos, no queremos volver á la antigua confianza. Perdonad como Jesucristo ha perdonado; tratad

de restablecer la confianza perdida; volved á poseer el perdido cariño, y encended la caridad extinguida con beneficios efectivos: *Benefacite.* (Matth. v, 44). Decidamos una vez lo que el Evangelio ha decidido; no tengamos otra razon que la sangre de Jesucristo y su ejemplo; de otro modo no esperemos ninguna comunión con Jesucristo, ninguna sociedad con la cruz, ninguna participacion en el perdon que para nosotros ha pedido á su Padre.

26. Porque no ignorais, hermanos míos, que todos hemos sido comprendidos en su súplica. Jesucristo estaba enclavado en su infame madero, levantando á Dios sus manos inocentes, y como si no le hubiesen colocado tan alto mas que para descubrir á un pueblo infinito que se burla de sus males, que vuelve la cabeza y solo ve un objeto de risa en tan deplorable extremo. Pero su mirada abraza mas que esto: él ve á todos los hombres con todos sus crímenes; ha visto á cada uno en particular. En aquel día, «os he visto, dice, y llamado por vuestro nombre.» (*Isai. XLIII, 1*). Nuestros pecados le afligen tanto como los de los judíos que le persiguen: no nos halla menos ciegos ni inconsiderados en nuestras pasiones, y, movido á compasion, deplora nuestra ceguedad mas bien que vitupera nuestra malicia. Vuélvese, pues, á su Padre, y le pide con lágrimas que tenga piedad de nuestra ignorancia. En efecto, los hombres que pecan son doblemente ciegos: ellos no saben, ni lo que hacen, ni en lo que se meten; y permitidme, cristianos, que considere aquí vuestra ceguedad, considerando la de los judíos.

27. Ellos son miserablemente ciegos, porque despues de tantas señales y milagros no quieren considerar la dignidad de aquel en quien ponen sus manos sacrílegas. Pero ved aquí el último exceso: habiendo tenido que elegir entre Jesús y Barrabás, «reniegan, como dice san Pedro (*Act. III, 14, 15*), del justo y del santo; dan libertad al asesino, y condenan á muerte al Autor de la vida.» No es necesario que yo hable aquí: ya por sí solo es una cosa horrible ver que han puesto á su Salvador en una cruz; pero si consideramos el lugar que ocupa, nada habrá que pueda igualar á la indignidad de aquella eleccion. Pero sea que nos indignamos contra la injusticia de los judíos, sea que nos asombramos de tan extraña ceguedad, fijemos la vista en nosotros mismos: no es necesario que yo hable aquí; juzgue cada cual segun su conciencia. ¿Qué dejamos? ¿qué elegimos? ¿qué preferimos á Jesucristo? ¿qué hacemos, no solamente vivir, sino reinar en su lugar? ¿Por quién se declara nuestro corazon? ¿qué es lo que nos hace decir: «que

«se le lleven, que se le crucifique?» (*Joan. XIX, 15*) y crucificamos otra vez todavía á Jesucristo. (*Hebr. VI*). ¡Cuánta no es nuestra ceguedad! despues de esta indigna eleccion, ¿qué esperanza de salvacion nos quedaria, si Jesucristo no hubiese rogado en la cruz por los que no saben lo que se hacen? pero nosotros no pensamos en lo que nos empeñamos, y en la venganza que atraemos sobre nuestras cabezas con esta ofensiva preferencia. Los judíos satisfacen su odio; y en tanto que derraman aquella sangre inocente con tan furiosa inhumanidad, todavía tienen la audacia de decir: «que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos.» (*Matth. XXVII, 25*). ¡Ah! no saben lo que hacen, ni lo que dicen; no piensan, desventurados, que mientras satisfacen su pasion, adelantan su juicio, su última ruina. Raza maldita y desleal, esa sangre caerá sobre tí segun tus palabras: esa sangre suscitará contra tí enemigos implacables que abatirán tus murallas y tus fortalezas, y destruirán por los cimientos ese templo que es ornamento del mundo. Pero ellos nada saben, nada comprenden, y llevados de su pasion, no ven la cólera que les amenaza. Nosotros, embriagados del mismo modo en medio de nuestras insensatas pasiones, no miramos el dia de Dios, dia de tinieblas, de tempestad, de indignacion eterna (*Joel, II, 12*), y no consideramos de qué suerte podremos soportar los golpes incessantemente redoblados de esa mano soberana. Jesucristo mismo sucumbe bajo su peso terrible: se allige, se turba, suda sangre y agua, se queja de cansancio; y no encuentra consuelo.

28. Tal es, hermanos, un Jesús bajo la espantosa prensa de la justicia divina. Las mujeres de Jerusalem se conmueven al ver sus males y dolores; pero oid cómo él les habla: «No lloreis por mí, «les dice; sino por vosotras y por vuestros hijos» (*Luc. XXIII, 28*): llorad las calamidades que os amenazan: «porque si esto sucede «con la leña verde, ¿qué no sucederá con la seca?» (*Ibid. 31*). Cristianos que os asombráis de ver á Jesucristo tan cruelmente tratado, asombraos de vosotros mismos y del castigo que atraeis sobre vuestras cabezas criminales. Si la justicia divina no perdona al inocente, porque ha respondido por todos los pecadores, ¿qué deben esperar los pecadores mismos, si desprecian la misericordia que les ha sido ofrecida? Si esa leña verde, esa leña viva; si Jesucristo, ese árbol que ostenta tan hermosos frutos, no se libra: tú, pecador, leña árida, árbol sin raíz, que no es bueno mas que para el fuego eterno, ¿qué debes esperar? hé aquí lo que nosotros no consideramos. Jesús conmovido al ver las miserias que nos amena-

zan, ¡oh Padre! exclama, tened piedad de esos insensatos que corren ciegamente á su condenacion riendo, batiendo palmas, aplaudiéndose unos á otros; ¡oh Padre! tened piedad de su ignorancia, ó mas bien de su estupidez insensata: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.* (*Luc. XXIII, 34*). «Padre mio, perdonadlos, porque «no saben lo que se hacen.» No solo ruega, cristianos, sino que se sacrifica por nosotros: «Dios estaba en Cristo reconciliándose con «el mundo.» (*I Cor. V, 19*).

29. Y ¿de qué nos sirve, cristianos, que Jesucristo haya pedido por nosotros á su Padre, y que haya pagado con su propia sangre nuestro rescate, si no obstante perecemos en medio de los misterios de nuestra salvacion y á la vista de la cruz, sin aprovecharnos de su misericordia y su perdon? ¡ah! ved aquí ya llegados los saludables dias en que Jesucristo quiere celebrar la Paseua con nosotros: en que los pastores de las almas, los predicadores, toda la Iglesia reunida nos grita: hermanos míos, por Jesucristo os rogamos que os reconcilieis con Dios. (*II Cor. V, 20*). ¿Quién de nosotros no ha resuelto durante estos santos dias acercarse á la santa mesa? ¡Oh santa resolucion! pero no extrañeis, sin embargo, que os detenga para deciros con el Apóstol: *Probet autem seipsum homo* (*I Cor. XI, 28*): «Necesario es que el hombre se experimente á sí mismo;» la accion que vais á hacer es la más santa, la mas augusta, la mas importante del Cristianismo; de nada menos se trata que de comer con nuestra propia boca nuestra condenacion ó nuestra vida, de llevar la misericordia ó la muerte en nuestras entrañas. El misterio de la Eucaristía es el sagrado memorial de la pasion de Jesús: él está aun en el Calvario; todavía derrama por nosotros la sangre del Nuevo Testamento: allí está renovando, representando y perpetuando su santo sacrificio.

30. Hemos notado, hermanos míos, en el curso de su pasion, el crimen de sus enemigos y su santidad infinita; ahora se trata de saber al comulgar en cuál de estas dos cosas tendréis parte: en la santidad de la víctima, ó en los crímenes de aquellos que la inmolan; para perpetuar la violencia ó la sumision, los ultrajes ó la obediencia, la traicion de Judas, ó la fidelidad del Salvador. Nada venga Dios mas terriblemente que la profanacion de sus santos misterios. Antes de ejecutar una accion, cuyas consecuencias son tan importantes, el Apóstol obra con suma prudencia, deteniéndose y ordenándonos una santa prueba: que cada cual se experimente á sí mismo á la vista de este santo altar, y registre minuciosamente

los pliegues mas ocultos de su conciencia. Olvidad, pues, todos vuestros negocios; porque, ¿qué cuidados no deben ceder ante el cuidado de hacernos dignos de Jesucristo? ¿puede haber algo que sea mas útil si se recibe bien, ni mas peligroso si se profana que su misterio adorable?

31. ¿Habeis pensado en corregir vuestra vida, en restituir el bien mal adquirido, en reparar las injusticias que habeis hecho? Yo no puedo nombraroslas aquí todas: pensad solamente en las del juego, tan frecuentes, tan poco meditadas, tan poco reparadas. Tiemblo por vosotros, cuando considero las ventajas fraudulentas que tomáis, y dais las desgracias que les siguen, y el reposo desgraciado en que acerca de este particular duermen vuestras conciencias. No parece sino que el hombre se persuade de que todo es juego en el juego; pero no es así ciertamente. Las injusticias no son allí menos grandes, ni las restituciones menos obligatorias, sin que notemos aquí otras diferencias; y los fraudes y robos no son allí menos comunes y manifiestos; pensad en esto, cristianos, si con vuestras riquezas no quereis jugar vuestra alma, ó mas bien, no jugarla, sino perderla con toda seguridad, de una manera mucho mas arriesgada que lo haceis con vuestros bienes. El gran san Ambrosio se asombra del atrevimiento de los grandes jugadores «que á cada «paso varian (*lib. de Job, cap. xi, t. I, col. 602, 603*) segun el ca-  
«pricho de la suerte; siendo tan pronto ricos como pobres y arrui-  
«nados.» No os asombreis, cristianos, si descendemos á estas peque-  
ñeces; y si juzgais acaso que esto es rebajar demasiado nuestro dis-  
curso, pensad cuánto mas indigno no es rebajar hasta ahí vuestra  
conciencia. Pero jamás daría fin á mi discurso, si tratase de llevar  
adelante este exámen: *Probet autem seipsum homo*: Que el hom-  
bre se experimente á sí mismo; si ós sujetais á la prueba, conoced  
vuestra debilidad y desconfiad de vuestras fuerzas; recibid santa-  
mente los divinos misterios; no cometais en vuestra Pascua un sa-  
crilegio, etc.

## ASUNTOS

## PARA LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

1. El divino Redentor se presenta bajo tres aspectos: como hostia, como víctima y como holocausto: hostia de propiciacion, víctima de expiacion, holocausto de satisfaccion: hostia que se ofre-

ce en el huerto de Getsemaní, víctima que se sacrifica en Jerusa-  
len, holocausto que se consume en el Calvario.

2. El amor fue el que en la Pasion 1.º sujetó el poder del Hom-  
bre-Dios; 2.º ocultó su gloria.—El amor hizo salir de sí al Hom-  
bre-Dios, y entregándole á los hombres, mantuvo oculto en él un  
atributo tan formidable, haciéndole aparecer como un Dios desti-  
tuido de todo poder. *Potestatem suam ab omni opere retraxit, ut hu-  
miliatus otiosa virtute infirmari videretur* (S. Ambr. in c. XXI,  
Matth.); 1.º para que quedase reducido á las fuerzas humanas, y  
2.º para que se siguiese el efecto de su muerte.—Si, como dice san  
Ambrosio, la gloria de la divinidad de Jesucristo permaneció du-  
rante su vida milagrosamente secreta, para que no le impidiera al-  
guna obra de la redencion: *sequestrata dulcedine divinitatis* (lib. X  
in c. XXII. Luc.); con mayor razon quiso mantenerla oculta al  
tiempo de su muerte, que era cuando parecia mas necesaria para  
salvarle, á fin de que no le impidiera presentarse á la vista del  
mundo, 1.º con la apariencia de culpable; 2.º con la ignominia de  
crucificado.

3. El mismo Evangelio nos enseña el órden que debe seguirse  
al tratar de este misterio: allí la Pasion del Salvador se divide na-  
turalmente en tres partes, que son: la sangrienta agonía que pade-  
ció en el huerto, los crueles ultrajes que recibió en los tribunales,  
y la inhumana muerte que sufrió en el Calvario. Mas en cada una  
de estas tres partes muéstranse en Jesucristo tres caractéres indivi-  
sibles: de Hombre, de Dios y de Salvador. Como Hombre, pade-  
ce, y siente toda la violencia de sus penas. Como Dios, vence, y  
ejerce toda la fuerza de su divino poder. Como Salvador, triunfa,  
y derrama todos los tesoros de su divina caridad.—Al Hombre de-  
bemos tributar amargas lágrimas de la muy tierna compasión; á  
Dios, fe sincera de la mas viva religion; al Salvador, gratitud pro-  
funda y dulcísimo amor.

*Sentencias de la sagrada Escritura.*

*Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (Philip. II).*

*Non judicavi me scire aliquid, nisi Jesum Christum, et hunc  
crucifixum. (I Cor. II).*

*Mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed  
ei qui pro ipsis mortuus est. (II Cor. V).*

*Charitas Christi urget nos: pro omnibus mortuus est Christus.  
(Ibid.).*